

El espacio de la verdad foucaulteana	Titulo
Beresñak, Fernando - Autor/a;	Autor(es)
El banquete de los dioses. Revista de filosofía y teoría política contemporáneas (Vol. 2 no. mayo-nov 2014)	En:
Buenos Aires	Lugar
Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA	Editorial/Editor
2014	Fecha
	Colección
Filosofía política; Historia; Metodología de la investigación; Foucault, Michel;	Temas
Artículo	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20140702071201/08_beresnack.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial CC BY-NC http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



El espacio de la verdad foucaulteana. The Space of Foucault's Truth.

Fernando Beresñak *

*Fecha de Recepción: 9 de abril de 2014
Fecha de Aceptación: 10 de mayo de 2014*

Resumen: *Tomando como texto principal La arqueología del saber, se estudiarán las reformulaciones del método y la concepción de tiempo histórico foucaulteanos. En ese sentido, analizaremos algunos de los elementos conceptuales e ideas centrales de su proyecto metodológico, tales como lo relativo a la problemática de la discontinuidad/continuidad, al modo de reformular la noción de origen y a las características y dinámica de las relaciones de fuerza que se visibilizan en los distintos niveles posibles de análisis.*

Allí se hará visible el tipo de espacialidad que subyace al pensamiento del filósofo francés y que resulta ser el campo axiomático en donde se apoya y distribuye la investigación histórico-filosófica de la verdad que aquél propone llevar a cabo. A partir de la estructuración que allí adopta la perspectiva sobre el orden socio-político, y de las implicancias que ello tendrá en la nueva significación de la noción de verdad en Foucault, se planteará una problematización inicial a modo de alumbrar una posible lectura propositiva de dicha obra.

Palabras clave:

Foucault; método; tiempo histórico; espacio; verdad.

Abstract:

Taking the text Archaeology of Knowledge as starting point, we will study the reformulations of the method and the conception of historical time in Foucault's work. In this regard, we will discuss some of the conceptual elements and methodological core ideas of the project, such as the issue of the discontinuity/continuity, the reformulation of the concept of origin and the characteristics and dynamics of the power relations that become visible in the different possible levels of analysis.

* Magister en Ciencia Política por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín (IDAES-UNSAM) y graduado del Posgrado "Psicoanálisis y Ciencias Sociales" de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). Actualmente es becario de la Comisión Nacional de Investigaciones Científicas de Técnicas (CONICET) y doctorando en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA), con una investigación sobre las implicancias políticas de las concepciones espaciales elaboradas desde la temprana modernidad hasta el siglo XX. Correo electrónico: beresnakfernando@hotmail.com

There, it will be possible to visibilize the type of spatiality that would underlie the thought of the French philosopher, which happens to be the axiomatic field where the historical and philosophical investigation of the truth (that he intends to carry out) rests and deployed. From the structure that, there, adopted the perspective of the socio-political order, and the implications that this will have on the new meaning of the concept of truth in Foucault, an initial way of problematization will be raised to illuminate a possible new lecture of this work.

Keywords: Foucault; Method; Historical Time; Space; Truth.

I.

“Me propongo mostrar a ustedes cómo es que las prácticas sociales pueden llegar a engendrar dominios de saber que no sólo hacen que aparezcan nuevos objetos, conceptos y técnicas, sino que hacen nacer además formas totalmente nuevas de sujetos y sujetos de conocimiento. El mismo sujeto de conocimiento posee una historia, la relación del sujeto con el objeto; o, más claramente, la verdad misma tiene una historia”.²

Con estas palabras Foucault introducía el propósito de sus investigaciones a los oyentes de las conferencias ofrecidas en Río de Janeiro del año 1973, así como dejaba entrever la intención de reformular la noción de verdad. Aquí, en este trabajo, daremos cuenta de una de las operaciones centrales que este autor ha tenido que realizar para poder ofrecer una imagen más precisa de la historia de la verdad³. Nos referimos a la creación de una espacialidad histórico-filosófica que, según su autor, se

² Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2003, p. 12.

³ A los fines de considerar la propuesta foucaultiana respecto del método histórico en su justa medida y en el contexto adecuado, véase el temprano trabajo de Paul Veyne: Veyne, Paul. “Foucault revoluciona la historia (Inédito)”. *Como se escribe la historia*. España: Editorial Fragua, 1972. Y, en un trabajo más reciente, es de destacar el renovado abordaje que nos ofrece Potte-Bonneville sobre la perspectiva de Foucault sobre la historia: Potte-Bonneville, Mathieu. *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 2007.

encuentra por debajo del espacio recortado por la mirada soberana en objetos y del tiempo cronológico. Como daremos cuenta a lo largo del trabajo, su investigación histórico-filosófica se apoyará en esta novedosa espacialidad, la cual también tendremos que reconstruir.

Consideramos que ese trabajo de la reconstrucción espacial es visible principalmente en el libro *La arqueología del saber*. Al inmiscuirse en el mismo, no se puede sino sospechar que guarda los tesoros más preciados del pensamiento foucaulteano. Es más, nos atreveríamos a afirmar que, hasta tanto dicho texto no sea comprendido en su radicalidad, y no se intenten resolver los problemas que allí se explicitan, la obra de este autor quedará en cierto sentido oculta⁴. El proyecto arqueológico que allí se explicita (el cual no reproducía lo realizado hasta ese momento por Foucault, sino que lo reformulaba con una complejidad asombrosa) resulta ser mucho más rico de lo que parece a simple vista. En sus recorridos encontramos una y otra vez dudas y preguntas que plantea sobre cuestiones que no volverán a explicitarse en ningún otro texto. Son notables las diversas vías que allí pone a prueba para sortear los obstáculos que se le presentan durante sus investigaciones y también a aquellos que él mismo fue instalando en su propio camino como una especie de experimento especulativo para hacer efectivo su método: Foucault contra Foucault, Foucault desde Foucault, Foucault para Foucault. El trabajo resultante no podía ser menos que brillante.⁵

⁴ En este sentido, es de destacar la importante atención prestada por el especialista en Foucault, Edgardo Castro, a esta temprana obra. Véase: Castro, Edgardo. *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de “La arqueología del saber”*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2002.

⁵ Sin embargo, debemos matizar la expectativa puesto que, prudente, Foucault mismo se encarga de advertir que aún faltan llevar a cabo (o completar) muchas tareas para que este proyecto alcance la fuerza que pretende. Mucho de lo que se verá en la “genealogía de los años ’70” había sido planteado en aquel texto, aunque bajo una forma inconclusa y apenas esbozada. Lo mencionado no significa que, en ese libro, todo ya haya sido dicho y que, luego, no haya habido lugar para llevar adelante modificaciones en la metodología; sino, simplemente, que *La arqueología del saber* puede leerse como una puesta a punto de varias problemáticas metodológicas con las cuales tuvo que enfrentarse su autor; entre las cuales (y quizá la de mayor

A los fines de alumbrar aquello que Foucault estaba proponiendo con su reformulación metodológica, reproduciremos una especie de ficticia objeción que se auto formula, explicitando muchas de las críticas que ha recibido y de lo que, a simple vista, para muchos manifiesta la operación arqueológica: “La arqueología (...) no parece tratar la historia sino para congelarla. De una parte, al describir las formaciones discursivas, descuida las series temporales que pueden manifestarse en ellas; busca reglas generales que valen uniformemente, y de la misma manera, en todos los puntos del tiempo: no impone entonces, a un desarrollo quizá lento e imperceptible, la figura apremiante de la sincronía. En ese “mundo de las ideas” que es por sí mismo tan lábil, (...) ¿no pone la arqueología en valor una especie de pensamiento inmóvil? Y por otra parte, cuando recurre a la cronología, es únicamente, parece, para fijar, en los límites de las positivities, dos puntos de sujeción: el momento en que nacen y aquél en que se desvanecen (...); como si sólo hubiera tiempo en el instante vacío de la ruptura, en esa fisura blanca y paradójicamente intemporal en que una formación repentina sustituye a otra. Sincronía de las positivities, instantaneidad de las sustituciones, el tiempo es eludido, y con él la posibilidad de una descripción histórica desaparece. (...) Pero todo en vano: varias eternidades que se suceden, un juego de imágenes fijas que se eclipsan sucesivamente, es cosa de la cual no se hace ni un movimiento, ni un tiempo, ni una historia. Es preciso, sin embargo, contemplar las cosas desde más cerca”.⁶

Este llamado del autor a observar su método con mayor atención y en su especificidad es lo que nos ha motivado a explicitar la espacialidad que Foucault construye para inmiscuirse en la búsqueda de lo que se ha denominado “verdad”⁷.

complejidad), se encontraba la noción de origen o, como muchas veces es mencionada (particularmente en este libro), la temática de lo original.

⁶ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005, pp. 278-279.

⁷ En otra dirección, aunque intentando hacer posible una lectura positiva del quiebre metodológico foucaultiano, también resulta de sumo interés el reciente texto de Manuel Mauer y Francisco Naishtat que cito a continuación: Mauer, Manuel y Naishtat, Francisco. “Historia y negatividad. Foucault y el problema del sentido”. *El presente en debate. Política, crisis y sentido*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2013.

Frente a aquellas imágenes eternas ubicadas una después de la otra en un único y cronológico tiempo, frente al espacio vacío del cambio, Foucault pide prestar especial atención a lo que acontece en la distancia, al modo en que el sujeto de conocimiento produce verdades a partir de la matriz de relaciones de fuerza que lo compone por estar localmente inserto en ella. Se trata de problematizar esa idea de origen como punto inextenso y perteneciente a una única línea temporal sucesiva en el que se ha intentado encontrar el develamiento de la verdad, para poder hacer de todo ello una imagen con mayor dinamismo.⁸

Podríamos sugerir que en dicha tarea Foucault estaba desplegando el eco de esa concepción espacial de las distancias y las relaciones, a las cuales ya hacía referencia en 1963, en el texto *Distancia, aspecto, origen*, con las siguientes palabras: “una red más espacial que temporal; habría aún que quitarle a la palabra espacial lo que la emparenta con una mirada imperiosa o una andadura sucesiva; *se trata más bien de ese espacio, por debajo del espacio y el tiempo, que es el de la distancia*”.⁹ Así, la búsqueda de la verdad, el develamiento de su historia, no se encontrará en el espacio recortado por la mirada soberana y el tiempo cronológico, sino, según Foucault, en

⁸ En las primeras páginas del apartado denominado “Lo original y lo regular”, se encuentra bien definido el cuestionamiento central que realiza la arqueología. El análisis arqueológico “vuelve a poner en juego en el elemento empírico de la historia, y en cada uno de esos momentos, la problemática del origen: en cada obra, en cada libro, en el menor texto, el problema que se plantea entonces es el de encontrar el punto de ruptura, el de establecer, con la mayor precisión posible, lo que corresponde al espesor implícito de lo ya-ahí, a la fidelidad quizá involuntaria a la opinión vigente, a la ley de las fatalidades discursivas y a la vivacidad de la creación: el salto irreductible de la diferencia” (Foucault, Michel. *La arqueología del saber. Op. cit.*, p. 238).

⁹ Foucault, Michel. “Distancia, aspecto, origen”. *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica, 2004, pp. 176–177; la cursiva nos pertenece. La cita continúa en la misma página de la siguiente manera: “Y si me detengo expresamente en la palabra aspecto, después de haberlo hecho en ficción y simulacro, es a la vez por su precisión gramatical y por todo un núcleo semántico que gira a su alrededor (la *species* del espejo y la especie de la analogía; la difracción del espectro; el desdoblamiento de los espectros; el aspecto exterior que no es ni la cosa misma ni su perímetro concreto; el aspecto que se modifica con la distancia, el aspecto que a menudo engaña pero que no se borra, etc.)” (Foucault, Michel. “Distancia, aspecto, origen”. *Op. cit.*, p. 177).

esa red espacial conformada por la dinámica de lo que ineludiblemente se encuentra interactuando en la distancia; es decir, según la reformulación conceptual ofrecida en el apartado “Método” de *Historia de la sexualidad 1*, el espacio compuesto por las relaciones de fuerza en el campo del poder y del saber.¹⁰

Esta espacialidad ya no permitirá remitir a un momento histórico cronológicamente determinado, como si fuera un punto geométrico, a una verdad allí instaurada esperando por ser señalada en una imagen vacía. Por el contrario, ella referirá a la actividad y funcionalidad que ejercieron los componentes históricos en el juego de relaciones de la dimensión espacial en la que se encontraron localmente inmersos. La historia de la verdad será la historia de las relaciones de fuerza de poder y de saber que la han compuesto. Así, el método foucaultiano se servirá de una noción de verdad que la entiende como el producto de las condiciones históricas, aunque entendiendo a estas últimas como relaciones de poder-saber y en otra serie de niveles a los cuales suele recurrir la mera investigación histórica. Son estos niveles los que deberemos atender y especificar a continuación para hacer visible aquella espacialidad en la cual su autor pretenda asentar la búsqueda de la verdad. La verdad histórico-filosófica que Foucault quería poner al descubierto necesitaba un nuevo método y este autor ofreció una nueva espacialidad en donde ella pueda tener su preciso lugar.

II.

Para la arqueología, no se logra riqueza analítica haciendo lugar a aquello que podría “distinguir” la originalidad y la trivialidad de un enunciado en la historia.¹¹ Foucault mismo se encarga de mostrarse desinteresado en relación a esos momentos en donde se señala que, por vez primera, algo surgió, se inventó o fue dicho (incluso,

¹⁰ Cf. Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2002, pp. 112-125. En relación a la dimensión política de esta perspectiva, véase: Foucault, Michel. “El sujeto y el poder”. Dreyfus, H. L. y Rabinow, P.. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 2001.

¹¹ Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, pp. 131-177.

a pesar de que reconoce la emoción que este tipo de situaciones transmiten...),¹² como si allí pudiera develarse finalmente algo así como la verdad. El interés de la arqueología es tratar de encontrar el modo en que funcionan determinadas prácticas discursivas (las cuales afirmará pertenecen a una dimensión real y plenamente operativa), para luego hacer visible la mayor especificidad posible de su regularidad. Así, su interés no es obtener emociones, sino encontrar la operatividad y regularidad de determinados enunciados.

Por ello, Foucault dirá que “un descubrimiento no es menos regular, desde el punto de vista enunciativo, que el texto que lo repite y lo difunde; la regularidad no es menos operante, no es menos eficaz y activa, en una trivialidad que en una formación insólita. (...) El campo de los enunciados no es un conjunto de playas inertes escandido por momentos fecundos; es un dominio activo de cabo a rabo”.¹³ La verdad de nuestra sociedad se producirá entonces en este dominio ininterrumpidamente activo, estando por ello sujeta a variaciones de todo tipo, muchas veces menores, casi imperceptibles para la historia y para la historia de la filosofía.¹⁴

En esta dirección de análisis, debemos tener presente el cambio de perspectiva que propone Foucault en relación a las otras corrientes de pensamiento históricas -más tradicionales e, incluso, contemporáneas a él-. Nuestro autor percibe que cambiando el modo de concebir el campo de los enunciados, no sólo podrá obtener la funcionalidad y operatividad de todo enunciado, sino también la específica forma de

¹² Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Op. cit., p. 242.

¹³ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Op. cit., p. 243.

¹⁴ De allí que Foucault diga: “Entre los teóricos que he citado hay uno que de algún modo previó y presentó un esquema de esta sociedad de vigilancia, de gran ortopedia social, me refiero a Jeremy Bentham. Pido disculpas a los historiadores de la filosofía por esta afirmación, pero creo que Bentham es más importante, para nuestra sociedad, que Kant o Hegel. Nuestras sociedades deberían rendirle un homenaje, pues fue él quien programó, definió y describió de manera precisa las formas de poder en que vivimos, presentándolas en un maravilloso y célebre modelo de esta sociedad de ortopedia generalizada que es el famoso *panóptico*, forma arquitectónica que permite un tipo de poder del espíritu sobre el espíritu, una especie de institución que vale tanto para las escuelas como para los hospitales, las prisiones, los reformatorios, los hospicios o las fábricas” (Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Op. cit., p. 103).

su regularidad. Es así que, el dominio histórico-filosófico o -lo que es lo mismo- “Todo el campo enunciativo es a la vez regular y se halla en estado de alerta: no lo domina el sueño; el menor enunciado –el más discreto o el más trivial- desencadena todo el juego de las reglas según las cuales están formados su objeto, su modalidad, los conceptos que utiliza y la estrategia de que forma parte”.¹⁵

Bajo esta óptica, todas las dimensiones del nuevo terreno que Foucault estará haciendo visible y sobre el cual trabajará pertenecerán a la actividad, productividad y funcionalidad específica de las relaciones de fuerza de poder y de saber sobre el cual nuestro autor insistiera con tanta firmeza en *La arqueología del saber*,¹⁶ pero sobre todo en *Historia de la sexualidad I*, *La voluntad de saber* para darle una perspectiva política¹⁷ a la noción de verdad que se pondrá en juego en sus investigaciones.¹⁸

Uno de los problemas metodológicos determinantes en lo relativo a la temática de la verdad es aquél que aglomera el problema de lo original, es decir la inquietud que en su tratamiento es generada por la “precesión” y la “semejanza” de un enunciado.¹⁹

¹⁵ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, p. 246.

¹⁶ Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, p. 353.

¹⁷ Para un análisis de los límites y alcances, así como de los usos y abusos de la conceptualización foucaultiana para abordar el problema de la vida y del poder, véase: López, Cristina. “De los usos y abusos de la biopolítica foucaultiana”. *Problemas y debates de la tradición y la actualidad de la filosofía política*. Editores Marcelo Raffin y Beatriz Podestá. San Juan: Universidad Nacional de San Juan – Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, 2012, pp. 233-251. Asimismo, también véase: Podestá, Beatriz. “Derivas de la cuestión biopolítica”. *Problemas y debates de la tradición y la actualidad de la filosofía política*. Editores Marcelo Raffin y Beatriz Podestá. San Juan: Universidad Nacional de San Juan – Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, 2012, pp. 277-289.

¹⁸ Dice Foucault: “Se trata, en suma, de orientarse hacia una concepción del poder que reemplaza el privilegio de la ley por el punto de vista del objetivo, el privilegio de lo prohibido por el punto de vista de la eficacia táctica, el privilegio de la soberanía por el análisis de un campo múltiple y móvil de relaciones de fuerza donde se producen efectos globales, pero nunca totalmente estables, de dominación. El modelo estratégico y no el modelo del derecho. Y ello no por opción especulativa o preferencia teórica, sino porque uno de los rasgos fundamentales de las sociedades occidentales consiste, en efecto, en que las relaciones de fuerza –que durante mucho tiempo habían encontrado en la guerra, en todas las formas de guerra, su expresión principal- se habilitaron poco a poco en el orden del poder político” (Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad I*. *Op. cit.*, pp. 124-125).

¹⁹ Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, pp. 238-240.

En lo que respecta a la primera (la precesión), nuestro autor cuestiona la legitimidad de los supuestos descubrimientos que establecerían un orden de originalidad entre los diversos enunciados. La precesión actúa solamente identificando los antecedentes de determinada práctica-discursiva, fechándolos y luego ubicándolos en el orden cronológico que corresponda. Pero, como dice Foucault, la precesión olvida el tipo de discurso, el nivel y la escala a la que el enunciado en análisis se encuentra sujeto. Estos serán los elementos que el proyecto foucaultiano pretenderá recuperar en la elaboración de su modalidad de investigación.

Con respecto a la otra inquietud (la semejanza), se la enjuicia en tanto que ella pretende establecer originalidades o trivialidades entre enunciados aparentemente idénticos (integrados por las mismas palabras) y ubicados en una supuesta única linealidad sucesiva (situados en un mismo orden). Sin embargo, dirá Foucault, la historia de la verdad no se reduce a una única linealidad; por el contrario, ella refiere a un complejo volumen de fuerzas en conflicto que habrá que atender y trabajar. Así, en vez de tratar de localizar, sin más, la semejanza entre enunciados, la arqueología propondrá captar sus relaciones y sus grados de regularidad por el efecto que causan en el entramado práctico-discursivo al que pertenecen en su especificidad.

Es por eso que la cuestión de lo original y el problema de la verdad que en ella habita “no puede tener sentido sino en series muy exactamente definidas, en conjuntos cuyos límites y dominio se han establecido entre hitos que limitan campos discursivos suficientemente homogéneos”.²⁰ Para ser más precisos, la arqueología está más interesada por la verdad en tanto regularidad de ciertos enunciados que por su “gran originalidad”. Sin embargo, se debe hacer constar que el propósito de tal investigación no es expresar la regularidad en desprecio a la aparente extraordinaria irregularidad (ya sea ésta concebida negativa o positivamente), sino por el contrario presentar el modo en que la verdad aparece como tal.

²⁰ Foucault, Michel. *La arqueología del saber. Op. cit.*, pp. 240-241.

Foucault hace uso aquí del concepto de “serie”, de manera similar al modo en que Georges Canguilhem lo ha trabajado en *La formación del concepto de reflejo en los siglos XVII y XVIII*. Dejaremos la tarea de contraposición para otra ocasión; aquí, simplemente, pretendemos señalar la referencia.

De allí que se intente aprehender la regularidad de la verdad a través haciendo visible las “reglas anónimas” (el conjunto de condiciones) que hacen de cualquier acto verbal una función enunciativa legítima, posibilitando, designando y reafirmando su modo de existencia. Es decir que esas reglas anónimas (determinadas por el análisis de la regularidad de los enunciados) definen el campo donde efectivamente pueden aparecer las prácticas-discursivas con sus correlativas funciones y los grados de legitimidad que producen la verdad.

Como la arqueología toma tramas históricas diversas, las cuales tienen cada una de ellas su propia especificidad y ritmo, este modo de investigación deberá inventariar el juego de relaciones e interdependencias que existen entre los siguientes tres niveles de análisis (aunque Foucault no niega la existencia de otros): el nivel de las homogeneidades y heterogeneidades enunciativas o práctico-discursivas (nivel específicamente arqueológico), el de las continuidades y cambios lingüísticos y, finalmente, el de las identidades y diferencias lógicas.²¹

Para lograr un enriquecimiento del análisis, según Foucault, sería prudente establecer jerarquías al interior de las regularidades que se logren describir. Ello debido a que es posible encontrar en el interior de ciertas regularidades que algunos conceptos, objetos y otras modalidades o estrategias de enunciación responden a algunas reglas no tan generales, cuya aplicación sería más específica. En ese sentido, Foucault referirá a la posibilidad de constituir un árbol de derivación práctico-discursiva²² que produzca un orden arqueológico, el cual se diferencie del orden sistemático y de la sucesión cronológica (aunque vale aclarar que estos últimos no perderán su legitimidad como otros niveles de análisis posibles; de hecho, Foucault mismo dirá que es posible establecer las relaciones e interdependencias entre niveles de todo tipo, incluyendo a estos últimos).²³

²¹ Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber. Op. cit.*, pp. 245-246.

²² Para una ejemplificación de la específica cuestión del “árbol de derivación del discurso”, sumamente importante por cierto, remitimos al texto en donde Foucault se sirve del ejemplo de la “Historia natural” (Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber. Op. cit.*, pp. 247-248).

²³ Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber. Op. cit.*, pp. 246-247.

Así, la arqueología intenta producir cierta visibilidad sobre los cortes temporales que manifiestan los diversos “períodos enunciativos”, tal como Foucault denomina a la temporalidad en la que la legitimidad de un enunciado mantiene el gobierno del modo en que las relaciones de fuerza de poder y saber entran en juego. Si bien estos períodos se articulan con la temporalidad propia de los conceptos, con la de otras fases teóricas, con la de diversos estadios de formalización y con la de las diferentes etapas de evolución lingüística, insiste Foucault en que no resulta conveniente confundirlos entre sí y terminar por reducirlos a una única línea temporal de tratamiento temático. El nivel arqueológico, al ocuparse de una serie de temporalidades diversa, desplegará su propio terreno de análisis y, así, su perspectiva.²⁴

En ese sentido, es preciso recordar que “la ramificación arqueológica de las reglas de formación no es una red uniformemente simultánea: existen relaciones, entronques, derivaciones que son temporalmente neutros, y existen otros que implican una dirección temporal determinada. (...) Lejos de ser indiferente a la sucesión, la arqueología localiza los *vectores temporales de derivación*. (...) Lo que deja en suspenso es el tema de que la sucesión es un absoluto”.²⁵ En este novedoso campo que la arqueología hace visible operando las conexiones necesarias, el discurso, “al nivel de su positividad, no es una conciencia que venga a alojar su proyecto en la forma externa del lenguaje; no es una lengua, con su sujeto para hablarla. Es una práctica que tiene sus formas propias de encadenamiento y sucesión”.²⁶

Son estos vectores temporales los que permiten operar el complejo camino hacia el –ya referido– “espacio de la distancia” en donde la verdad hace su peculiar aparición. Ellos habilitan una perspectiva que permite observar las matrices de relaciones que

²⁴ Remitimos aquí al análisis que Foucault lleva a cabo sobre sus tres obras anteriores en *La arqueología del saber* (Cf. Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, pp. 263-265).

²⁵ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, pp. 282-283. El concepto de “vector temporal de derivación” será analizado en mayor profundidad unos párrafos más adelante.

²⁶ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, p. 284.

habitan en esas distancias (las cuales aparentan cortes temporales), y en cuyo terreno parece conformarse el mundo de lo posible. Al detectar los vectores, la investigación arqueológica sólo debe recorrer sus tramas haciendo visibles las diferencias que las componen, que las produjeron; es decir, no las busca e identifica para eliminarlas del recorrido, sino que las reúne en el sistema de producción de verdad. La operación consistiría, entonces, en hacer visibles las diferencias a través de esos vectores; como dice Foucault: “desenredar su madeja, determinar cómo se reparten, cómo se implican, se denominan y se subordinan las unas y las otras, a qué categorías distintas pertenecen; en suma, se trata de describir esas diferencias, no sin establecer entre ellas el sistema de sus diferencias”.²⁷

En tanto que las diferencias, las distancias o las relaciones estuvieron conjuradas en el pensamiento bajo los nombres de “discontinuidad”, “ruptura”, “punto de origen” y otros tantos, el sistema de diferencias aquí descrito podría ser considerado el gran aporte de la arqueología. A través del sistema arqueológico, se logra visualizar la verdad como el conjunto o sistema de diferencias que se manifiestan en las distancias —que no sólo separan, sino que también unen—, las cuales son construidas en y por las relaciones de poder y de saber. Es ese sistema de diferencias el que posibilita, a partir de la compleja matriz de relaciones de poder y saber, captar las transformaciones de las reglas “anónimas” que conforman las epistemes, dispositivos y prácticas (y ya no los simples y vacíos cambios) en donde la verdad se vuelve un elemento constitutivo del orden socio-político.

Más allá de la descripción de las transformaciones de sus objetos de estudio, lo que nos interesa particularmente es desplegar la concepción de verdad subyacente a su metodología. En este sentido, la noción de verdad se verá reformulada en virtud del modo de abordar las concepciones de historicidad y temporalidad, así como lo que ellas muestran respecto de la lógica de producción del conocimiento en el orden socio-político.

²⁷ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, p. 286.

Es por todo lo analizado que al comienzo insistíamos en la importancia del libro *La arqueología del saber*. Este texto debe ser tomado como uno de los intentos más logrados y profundos por hacer visible lo que usualmente fue un obstáculo para el pensamiento: nos referimos al mundo relacional que opera en la distancia y en la diferencia produciendo una especie de efecto real de conjunto o sistema que se ha dado en llamar verdad. Este análisis permite desenmarañar y comprender un elemento hasta ahora escondido aunque constituyente de la verdad como lo es su funcionalidad tanto interna (es decir, la ineludible necesidad de ser funcional a cierta práctica discursiva), como externa (es decir, su funcionalidad para poder constituir un orden socio-político).

Allí, en el origen, donde la verdad era entendida como aquello que esperaba inalterable para emerger en la ruptura o discontinuidad entre dos campos históricos, ahora será posible pensar un terreno multidimensional y complejamente activo; y allí, donde el origen era entendido como punto inextenso en donde la verdad se alojaba, ahora será concebido en un ámbito amplio y productivamente abierto. La verdad que pondrá al descubierto Foucault pertenecerá a una espacialidad relacional más profunda que las concepciones a las cuales nos habilitaba el espacio recortado por una mirada soberana y el tiempo distribuido y acumulado cronológicamente.

III.

El modo de abordaje sobre los objetos de estudios es otro elemento fundamental para comprender el estatuto de la verdad en la investigación histórico-filosófica que propone Foucault. Son ellos los que, dependiendo del abordaje, dan cuenta del modo y del tiempo en que resulta legítimo afirmar que tal verdad les corresponde. Foucault percibe que la afirmación sobre la veracidad de un enunciado cualquiera, relativa a un objeto, depende del modo en que se conciba dicho objeto. Así, apoyar la investigación no ya solamente sobre el espacio soberano y el tiempo cronológico, sino también y sobre todo sobre una espacialidad que haga lugar a las diversas intensidades y a los diferentes grados de tensión que localmente surgen de la interacción conflictiva de relaciones de fuerza que se visualizan en relaciones de poder y de saber, todo lo cual

termina por conformar a los objetos que se indagan, habilita una nueva manera no sólo de entender a estos últimos, sino también a cualquier grado de veracidad que se pretenda. La verdad ya no será una imagen eterna, fija, inamovible; por el contrario, su estabilidad, su aparente solidez, será el efecto de conjunto de una tensión conflictiva aunque en equilibrio.

Foucault fue un duro crítico del vocabulario universal a-histórico. Ello puede observarse con cierta facilidad en sus intentos de reformulación conceptual relativas al “Estado”, al “hombre” y al “poder”, entre otros. Lo interesante, sin embargo, es observar el modo en que va a concebir estos elementos conceptuales en el espacio “primigenio” que poco a poco fue poniendo al descubierto, tratando de no caer en las trampas del universalismo a-histórico. Así, propondrá poner en suspenso esos términos, y los arrastrará hacia la espacialidad que con su método conformó para analizarlos en la matriz de relaciones que los componen.

Es por ello que, bajo esta perspectiva, eso que antes era concebido como un elemento (como, por ejemplo, el “Estado”), aquí no será más que el efecto de conjunto conformado, en parte, por la tensión que surge de una local y específica matriz de relaciones de fuerza en conflicto con una temporalidad propia. Esto no implica desconocer la existencia, tangibilidad, realidad y (quizá lo más importante) operatividad de el “Estado”. Por el contrario, se trata de afirmar que estas cualidades le son dadas a partir de aquellas que tenga cada una de las relacionales en tensión que lo conforman (las cuales, a su vez, también fueron constituidas por una determinada e inteligible matriz o árbol de derivación práctico-discursivo).

En este sentido, si el “Estado” es lo que es en virtud de las prácticas-discursivas que lo conforman, ambos (el “Estado” y las prácticas-discursivas), en cierta manera, se encuentran subordinados a los movimientos que se produzcan en la matriz de relaciones que los hace posibles. De esta manera, el “supuesto elemento” o, para situarnos en el nivel de análisis que nos es propio, la tensión relacional que llamamos “práctica-discursiva” durará en su especificidad (es decir, como tal); y el tiempo durante el cual esa matriz de relaciones que la configuró se mantenga, en cierta forma, estable. De todos modos, si ésta se transformara de manera tal que ya no sería

adecuado continuar refiriendo a la existencia de aquella tensión relacional –por ejemplo el “Estado”-, es también cierto que podría suceder que esa misma tensión relacional surja, paralelamente o en otro momento, en alguna otra matriz de relaciones en conflicto que esté habitando o vaya a habitar la espacialidad en donde se pone en juego el orden socio-político. De aquí la importancia y utilidad de la “desmultiplicación causal”²⁸, como modo de desembrollar las matrices de relaciones, para luego poder situar y analizar las correspondientes derivaciones que habrían constituido los “objetos de estudio” (nos referimos a las prácticas-discursivas que le ofrecen sustancialidad a los “aparentes elementos” tales como la “locura”, el “poder”, el “Estado”, el “hombre”, etc.).

Una vez que logramos aproximarnos a una imagen de la foucaultiana espacialidad en la que se pone en juego la verdad de los objetos y el modo de su objetividad, resulta interesante detenernos en las características histórico-temporales de cada una de las tramas de las prácticas-discursivas. A lo largo de toda su obra, Foucault no dejará de insistir en el hecho de que cada matriz de relaciones -junto a su respectiva tensión- tiene su propia temporalidad. Es por eso que, a partir de la atención prestada a sus respectivos movimientos, será posible encontrar tantas temporalidades como matrices de relaciones existan.²⁹

Asimismo, debemos tomar en consideración que al indagar en la totalidad de las relaciones que conforman una matriz que hace posible un objeto cualquiera, iremos descubriendo para cada una de ellas su correspondiente temporalidad. Así, podremos aprehender las diferentes temporalidades que cohabitan en lo que antes era un único elemento bien determinado en el espacio soberano y en el tiempo cronológico -como por ejemplo el “Estado”-. Una vez desembrollada la matriz de relaciones que en un

²⁸ Foucault, Michel. “Debate con los historiadores”. Comp. Oscar Terán. *Michel Foucault. El discurso del poder*. México: Folios Editora, 1983, pp. 219-222.

²⁹ Bajo esta perspectiva, cada temporalidad deberá aparecer por sí misma, de manera tal que el investigador no pueda pre-construirla. Para ello, el investigador debe activar-analizar las diversas relaciones que tejen la matriz que configura la tensión relacional que hace posible el “aparente objeto” de estudio; y así, lograr que tanto la matriz, como su efecto de conjunto se vuelvan inteligibles en la temporalidad que les es propia.

sentido más profundo puede visualizarse cómo conforman esa aparente unidad bien localizada, se podrá situar y analizar las diversas características y temporalidades de cada una de las relaciones que hacen posible su convivencia al interior de su mismo objeto.

Es necesario indicar, destacar e insistir en el hecho de que, si bien una determinada matriz tiene su propia temporalidad, y la misma puede remitir a sus relaciones –que también tienen sus respectivas temporalidades–, es factible que aquélla, conformada por una cantidad limitada de relaciones interactuando, también forme parte –total o parcialmente– de otras matrices con otras temporalidades. A su vez, debemos señalar que si esas relaciones que conforman las matrices fueran analizadas en profundidad, se podría dar cuenta que ellas mismas son una matriz de relaciones; es decir, podría ser desmenuzada su matriz en todas las relaciones y temporalidades que colaboraron en su composición.

Es por todo ello que el proceso de “desmultiplicación causal” resulta fundamental en el análisis de Foucault. A través de él, pueden encontrarse las diversas temporalidades de cada matriz de relaciones que haya surgido en la historia; incluso, es posible llegar a los diferentes niveles y momentos históricos en los cuales ellas se fueron conformando de una u otra manera, respetando su siempre aproximativa especificidad. Así, se debería leer la operación arqueológica como un desmembramiento de la aparente única temporalidad de un elemento conceptual aparentemente bien determinado, y el paso a una multiplicidad de temporalidades que lo cohabitan y están presentes externa o internamente. Es decir que podría haber diferentes movimientos sucediendo al mismo tiempo en lo que sería un “objeto de estudio”; algunos podrían ocurrir en la interacción que se da entre las diversas matrices de relaciones, mientras que otros, paralelamente, estarían haciendo lo propio en el interior de cada una de ellas: diversos movimientos en los mismos o en diferentes espacios vinculados en un mismo y heterogéneo tiempo global.

De ello, se desprende que aquello (por ejemplo, una práctica-discursiva) que parece estable durante un período de tiempo determinado en un nivel de análisis específico (bajo el prisma que enfoca determinado aspecto de la matriz de relaciones),

puede sin embargo haber sufrido movimientos internos o externos en otro nivel de análisis (bajo un prisma distinto); por lo que, luego, habría que evaluar si, bajo la aparente estabilidad, aquellos movimientos que se sucedían en otro nivel de análisis lograron transformar la práctica-discursiva. En esta nueva dimensión, aquellos “elementos conceptuales” aparentemente estáticos comienzan a mostrar las dinámicas permanentes (sean éstas internas o externas), con sus respectivas fuerzas y sus específicas capacidades de transformación; todo lo cual, forma parte de sus dimensiones constitutivas. Aquello que en determinado nivel parece ser estático y estable, en otro nivel, y en el mismo momento, podría parecer estar siendo transformado, en otro eliminado, en otro apenas alterado y en otro, tal vez, reasegurado o afianzado (así se manifiesta la lógica espacial de las tensiones relacionales como lo son las prácticas-discursivas; y así también la de los supuestos elementos conceptuales como el “Estado” o el “hombre”).

Asimismo, asentados sobre la concepción espacio-temporal que aquí presentamos, será preciso inventariar el juego de relaciones e interdependencias entre las diversas matrices de relaciones y entre los diversos niveles que en cada una de ellas es posible trabajar. Es por ello que habrá que especificar los vínculos que se dan entre los diferentes niveles de una misma matriz de relaciones al interior de un período enunciativo; a su vez, aquellos que se dan entre los mismos niveles de una misma matriz de relaciones, pero en períodos enunciativos distintos; y, por último, también aquellos que se dan entre diferentes niveles de una misma matriz de relaciones en períodos enunciativos distintos.

Como se podrá observar, son muchas las matrices de relaciones (aún más si tomamos en consideración que éstas, a su vez, forman -y se descomponen en- otras) y, sobre todo, múltiples los niveles de análisis con sus variados efectos. De esta manera, se presenta como inevitable atender esta metodología para evaluar si acaso existe en ella algún posible grado de relativismo. Sin embargo, es aquí donde debemos continuar definiendo, junto a Foucault, la especificidad de sus operaciones y de sus objetivos, de manera tal que el relativismo no sea más que un fantasma que osó tocar a la puerta de su proyecto histórico-filosófico, pero nunca pudo entrar.

En primer lugar, será prudente volver a citar las palabras de Foucault cuando señalaba que cada una de las temporalidades –de cada matriz de relaciones– señaladas en la investigación estarán configuradas por el efecto de superficie que construyan las series textuales “muy exactamente definidas, en conjuntos cuyos límites y dominio se han establecido entre hitos que limitan campos discursivos suficientemente homogéneos”.³⁰ De esta manera, como cada temporalidad responde a una trama histórica muy bien definida, eventualmente se podrán rever las condiciones de su aparición analizando la operación metodológica que la haya conformado. Es decir que el relativismo no se achacará a la verdad que arroje el resultado de la investigación, sino solo a quien pretenda defenderla como la única y universal verdad para toda trama posible; es decir, para quien se aleje de la prudencia y precisión metodológica.

Así, resta comprender el criterio que utiliza el investigador para elegir la matriz de relaciones, el momento histórico y el nivel de análisis donde situará finalmente su trabajo. En ese sentido, nos ayudarán a comprender esa compleja operación dos conceptos foucaultianos denominados “embrague del acontecimiento” y “vector temporal de derivación”; los cuales, si bien ya fueron oportunamente mencionados, aquí nos dispondremos a otorgarles su específico lugar en el entramado relacional de la espacialidad que Foucault intenta poner en juego.

El primero de ellos (el embrague del acontecimiento) afirma que, en toda matriz de relaciones, existe un nivel de análisis en donde se hace visible la puesta en marcha de una transformación sustancial; siendo la tarea del investigador encontrar aquel nivel. Puede ocurrir que en determinado nivel de una matriz de relaciones no se haga visible que el supuesto “elemento conceptual” o la práctica-discursiva está siendo transformada, mientras que en otros sí (tal vez, en niveles mucho más escondidos). Incluso, puede suceder que en un nivel muy visible (o de fácil acceso para el investigador) sean rápidamente observables determinados cambios que, a primera vista, parecerían estar alterando una región importante de tal supuesto “elemento conceptual” o práctica-discursiva, pero que a otro nivel, en otra trama histórica, con otra serie textual, se hagan visibles otras transformaciones mucho más sustanciales que aquellos cambios detectados en un primer nivel, o bien una reacomodación de sus relaciones y elementos que permitan concebir una continuidad operativamente

³⁰ Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. *Op. cit.*, pp. 240-241.

fundamental que vuelve a aquellos cambios meras matizaciones en nada fundamentales.

Como vemos, es el investigador quien elegirá dónde ubicar el prisma de análisis, de acuerdo a sus intenciones, claro está, ineludiblemente políticas. Así, el criterio dependerá de si se intenta señalar los cambios, rupturas, discontinuidades, o si se intenta plantear las similitudes o las continuidades; pero la discusión sobre cuál es el nivel de análisis fundamental para evaluar la continuidad, los matices, los cambios, las rupturas y desapariciones de las prácticas-discursivas y sus elementos conceptuales será una discusión que no depende del interés del investigador, sino de la mayor cantidad y calidad de elementos y relaciones que se dispongan para comprender todo ello. No hay que confundir los diversos momentos de la operación histórico-filosófica. Es en esos criterios políticos donde la operación del investigador es deliberada; más no en el efectivo análisis que luego se lleva a cabo, una vez seleccionada la trama histórica, así como tampoco en la discusión sobre cuál de ellas es la más adecuada.

El segundo concepto, denominado “vector temporal de derivación”, refiere a las diversas formas de sucesión que son posibles gracias a las diferentes fuerzas (vectores) que operan en una misma matriz de relaciones. Es decir que las continuidades, los cambios, las alteraciones, las transformaciones, en definitiva, todas las diferentes formas de sucesión que señalan el paso de una práctica-discursiva (o matriz de relaciones) a otra –o todas aquellas que señalan su estabilidad-, no responden a una misma ley o regularidad. El vector temporal de derivación afirma que cada matriz responde a diversas fuerzas y, por ello, tiene su específica manera de sucesión. Son estas últimas las que habrá que detectar y señalar para constituir con precisión las diferentes formas de regularidad. Por ejemplo, en relación a su trabajo sobre el “poder pastoral”, el interés de Foucault se centrará sobre aquellos niveles en donde se hace visible la tipología, el modo de funcionamiento y la organización³¹ de

³¹ Foucault dice: “Creo que con esta institucionalización de una religión como Iglesia se forma –y debo decirlo de manera bastante sucinta, al menos en sus grandes líneas– un dispositivo de poder sin paralelo en ningún otro lugar, y que no dejó de desarrollarse y afinarse durante quince siglos, digamos desde el siglo II o III hasta el siglo XVIII. Ese poder pastoral (...) sin duda sufrió considerables transformaciones a lo largo de esos quince siglos de historia. Es innegable que fue desplazado, dislocado,

sus elementos y relaciones constitutivas. Similar a este caso, será deber del investigador identificar qué es lo que lo obligará a cambiar la atención de su trabajo de un nivel a otro.³²

La problemática que venimos trabajando nos invita al estudio incesante. Más que señalar que vivimos en una especie de historia simplemente azarosa o caótica, o bajo ciertas leyes que aparentemente nos gobernarían y que no podríamos comprender, se trata de remarcar la ineludible necesidad de continuar investigando para comprender la complejidad del tiempo histórico; se trata de intentar captar la mayor parte posible de los múltiples niveles y formas en los cuales hay movimiento -y por ende tiempo- en la historia. Es la imposibilidad de una verdad inmóvil lo que allí se pone de manifiesto. Es ésta la concepción del mundo que Foucault nos pide que tomemos en consideración al momento de comenzar una investigación histórico-filosófica,³³ así como a los fines de conformar una nueva posición para el sujeto contemporáneo en su vínculo con ese concepto aun incomprendido que se ha dado en llamar verdad.

transformado, integrado a diversas formas, pero en el fondo jamás fue verdaderamente abolido. Y cuando señalo el siglo XVIII como final de la era pastoral, es verosímil que me equivoque una vez más, pues de hecho, *en su tipología, su organización, su modo de funcionamiento*, el poder pastoral que se ejerció como poder es a buen seguro algo de lo cual todavía no nos hemos liberado” (Foucault, Michel. *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 177; la cursiva nos pertenece).

³² Es decir que el tiempo histórico está constituido por una multiplicidad de temporalidades (imposibles de reducir a una sola) que se harán visibles dependiendo del efecto de superficie que logre configurar la trama textual que constituya la erudición del investigador en su accionar prudente. Retomando algunos conceptos de Foucault, podemos decir que el arqueólogo analiza la trama, el nivel y la forma de sucesión que hace visible el ovillo de hilo histórico que desenreda el erudito genealogista.

³³ Tal vez sea cierto que esta concepción no consigue reunir ciertas condiciones que suelen requerir algunas disciplinas, tales como que el modelo pueda ser -en cierto sentido- sencillo, para así explicar o relatar cierto recorte histórico, sin caer en las complejidades que ofrecen los mínimos detalles de cada momento de “la historia”. Sin embargo, consideramos que ésta no sería una objeción válida a aplicar al trabajo de Foucault, ni tampoco al que aquí estamos realizando; puesto que, como se dijo desde el principio, el pensamiento foucaultiano no intenta desarrollar una metodología simplemente histórica, sino -más bien- una investigación de tipo histórico-filosófica.

IV.

La historia-filosófica o la historia efectiva,³⁴ según Foucault, debería recorrer las matrices de relaciones de fuerza en las que se asientan los acontecimientos, así como aquellos lugares donde la tensión resultante podría hacer posible otra temporalidad. Para ello, debería señalar esos momentos históricos con otra figura espacial; ya no con la que se sirve de la línea conformada por puntos inextensos vacíos (mera discontinuidad, simple ruptura), sino con aquella de la distancia donde habitan matrices de relaciones perfectamente inteligibles, interactuando en sus diferencias. Bajo esta concepción, como las interrelaciones e interdependencias de relaciones -y sus respectivas conflictividades- pueden sostener, apoyar o mantener determinadas prácticas-discursivas, también pueden —en esa misma dinámica- desencadenar “mundos” realmente novedosos. Como decía Foucault en 1963, estos mundos parecen estar ya ahí, en alguna dimensión relacional, desde hace tiempo, esperando que la tensión resultante de la matriz de relaciones que la compondría y la haría estallar tome forma.³⁵ Todo está en movimiento, pero en niveles distintos y bajo formas diversas. Quizá, justamente por eso, Foucault señalaba e insistía en la necesidad de poner al descubierto todo ello, sin dejar de advertir que “todo es peligroso”.³⁶

La metodología foucaultiana recorre el embrollo de relaciones y se detiene en las instancias en donde la tensión se produce al nivel que al investigador le interesa trabajar; y ello porque allí se comprende la fórmula de la dinámica del acontecer. Dice Foucault: “Hay que saber reconocer los acontecimientos de la historia, sus sacudidas, sus sorpresas, las vacilantes victorias, las derrotas mal digeridas, que explican los comienzos, los atavismos y las herencias”.³⁷ Resulta imperioso captar y analizar “una relación de fuerza que se invierte, un poder que se confisca, un vocabulario recuperado y vuelto contra los que lo utilizan, una dominación que se debilita, se distiende, ella misma se envenena, y otra que surge, disfrazada”.³⁸

³⁴ Así la llamó Foucault en 1971 (Cf. Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Editorial Pre-textos, 1997, p. 52).

³⁵ Foucault, Michel. “Distancia, aspecto, origen”. *Op. cit.*, pp. 173-174.

³⁶ Foucault, Michel. “Interview de Michel Foucault”. *Dits et écrits*. París: Gallimard, 1994, Tomo IV, p. 694; citado en: Pote-Bonneville, Mathieu. *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 2007, p. 17, nota al pie 2.

³⁷ Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. *Op. cit.*, pp. 23-24.

³⁸ Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. *Op. cit.*, p. 48.

Justamente debido a que no es posible encontrar allí, en la espacialidad foucaultiana, la unidad bien determinada del punto inextenso o la categoría vacía del simple cambio, las cuales habilitarían la posibilidad de una perspectiva decisoria unidireccional, la rehabilitación de lo indeterminado de la distancia y de las matrices de relaciones de fuerza vuelve necesaria la idea de una historia como conflicto³⁹. En la historia efectiva ya no hay lugar para el sentido lineal de una única temporalidad cronológica, compuesta por puntos inextensos, sucesivos y determinados de una vez y para siempre, arrojando una especie de verdad única, y por fin revelada. Tal como se ha visto a lo largo del presente artículo, la multiforme y heterogénea concepción del tiempo histórico que propone Foucault, apoyada en la particular dimensión relacional espacial aquí trabajada, sirve al propósito de realizar la problematización de la historia de la verdad; es decir, conforma la imagen en donde se apoyará la arqueología-genealógica para realizar las diversas historias de las problematizaciones.

Es preciso hacer notar que la espacialidad de la que se sirve el método foucaultiano no es elegida o conformada a los meros efectos de un mejor alumbrar lo que acontece en la historia, sino que ella intenta ser el reflejo fiel de la dinámica del acontecer histórico, del modo en que la historia se produce. Las relaciones de fuerza no son conceptos que simplemente permiten aprehender los hechos históricos con mayor especificidad debido a su capacidad de iluminar algo que sería ajeno o distinto a ellas; por el contrario, si ellas permiten dicha precisión es porque ellas conforman la historia en sentido estricto. Así como conformaron el pasado (es decir aquello que está siendo objeto de análisis), también están conformando el presente al hacer el análisis mismo⁴⁰. Las relaciones de fuerza están tanto en la matriz práctico-discursiva que conformó la “locura”, como en la matriz práctico-discursiva que conformó el método del cual Foucault se sirve para analizar a aquella. Es por ello que Foucault se

³⁹ Si bien las clases impartidas sobre el coraje de la verdad tienen la razón de su propio contexto explicitado en el seminario de referencia (véase: Foucault, Michel. *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II. Curso en el Collège de France (1983-1984)*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2010), lo cierto es que también es necesario situar dicha investigación de Foucault en el marco de esta historia como conflicto y el problema de decir verdad en él.

⁴⁰ En este sentido, resulta interesante la propuesta de Gabilondo Pujol relativa a indagar en lo que podría constituir la propuesta foucaultiana de realizar una ontología del presente: Gabilondo Pujol, Ángel. *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1990.

servirá de las relaciones de fuerza, del modelo que ellas ofrecen, para aprehender la historia. Es decir, no se trata de usar el modelo microfísico del poder-saber de las relaciones de fuerza simplemente por su capacidad metodológica, sino más bien porque ellas mismas son un fiel reflejo del modo en que acontece la historia.

Si se dice, como afirma Foucault, que este nuevo espacio está por debajo del tiempo cronológico, del espacio soberano, del “tiempo “realista” acumulado por la erudición histórica”,⁴¹ del “espacio idealista que recorta autoritariamente”,⁴² ello es porque aquél está más arraigado a la dinámica del acontecer histórico que los anteriormente mencionados. Ello, a pesar de la imposibilidad de aprehender una verdad bien delimitada, sin peligros, sin inestabilidad, que pudiera apaciguar la tristeza del pensamiento. La verdad que se expresa en el espacio histórico foucaultiano resulta más enriquecedora ya que no sólo cuenta lo qué sucedió en la historia, y cuándo sucedió, sino cómo ella fue posible; explica las dinámicas de las que la historia se sirve para conformarse. Así, al comprender la matriz de fuerzas que conforman la historia y el modo en que ellas se conforman, y en la que nosotros, en tanto seres históricos, nos estamos conformando, se nos ofrece la posibilidad de ejercer el control de nosotros mismos con mayor precisión para constituirnos como sujetos de un modo distinto al que mecánicamente nos veríamos inclinados a serlos en las matrices de fuerzas en las que estaríamos insertos.⁴³ Es decir, el espacio foucaultiano y el modo de comprender la historia que allí se sostiene nos habilita esa dimensión tan compleja de alcanzar como lo es la libertad.⁴⁴

⁴¹ Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. Deleuze, Gilles. Foucault, Michel. Negri, Antonio. Zizek, Slavoj. Agamben, Giorgio. Comps. Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2007, p. 51.

⁴² Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 51.

⁴³ El campo de la problematización que habilita Foucault es, entonces, aquél “de los juegos de falso y verdadero a través de los cuales el ser se constituye históricamente como experiencia, es decir, como una realidad que puede y debe pensarse a sí misma” (Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentinos, 2008, p. 13).

⁴⁴ Valdría decir, junto a Foucault, que el pensamiento es un ejercicio en el “que se encara el problema de saber en qué medida el trabajo de pensar su propia historia puede liberar al pensamiento de lo que piensa en silencio y permitirle pensar de otro modo” (Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 2. Op. cit.*, p. 15)

En 1984 Foucault manifestaba que “El control [sobre uno mismo] es una prueba de poder y una garantía de libertad: una manera de asegurar permanentemente que no nos ligaremos a lo que no cae bajo nuestro dominio. Velar permanentemente sobre nuestras representaciones, o verificar las señales como se autentifica una moneda, no es interrogarnos (como se hará más tarde en la espiritualidad cristiana) sobre el origen profundo de la idea que viene; no es tratar de descifrar un sentido oculto bajo la representación aparente; *es calibrar la relación entre uno mismo y lo que es representado, para no aceptar en la relación con uno mismo sino lo que puede depender de la elección libre y razonable del sujeto*”.⁴⁵

Si bien el control sobre uno mismo y la elección libre y razonable del sujeto – recién referidas- son prácticas antiguas que Foucault sólo nos trae a colación a los fines de llevar adelante su investigación (sin que ello signifique revalorizarlas o proponerlas como prácticas de “salvación”), es necesario resituirlas en la específica concepción que él tiene de la producción de la verdad dado que allí es posible comprender el sentido de su investigación y la necesidad de calibrar las relaciones de fuerza que nos conforman. Así, en virtud del carácter incesantemente conflictivo que el autor propone para concebir la historia de la verdad es que resulta indispensable un permanente trabajo de vigilancia e intervención práctica en las matrices de relaciones de fuerza para así poder mantener el equilibrio en la relación entre uno mismo y lo que es representado como aquello que nos constituye.

Ahora bien, si la necesidad de ejercer una práctica constante y propia de control sobre lo que pensamos es la manera de constituirnos como sujetos “libres”, ello no se debe a que allí, en ese espacio donde calibramos la relación con uno mismo, encontraríamos, allí guardada, la verdad que por fin nos salvaría, que nos haría libres. Por el contrario, ese ejercicio nos hace libres en virtud del carácter errático, hereditariamente adquirido, que ineludiblemente nos constituye.⁴⁶ Dice Foucault que

⁴⁵ Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 3: la inquietud de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentinos, 2008, pp. 63-64; la cursiva y la aclaración entre corchetes nos pertenece.

⁴⁶ Afirma Foucault que “hay que interrogar a partir de ella [es decir, de la anomalía que produce las mutaciones y los procesos evolutivos] este error singular aunque hereditario que hace que el hombre termine siendo un ser vivo que nunca se encuentra

si la historia “sólo puede analizársela como una serie de “correcciones”, como una nueva distribución que nunca expone definitivamente el momento culminante de la verdad, es porque el “error” todavía constituye no el olvido o la postergación de una realización prometida, sino una dimensión propia de la vida de los hombres, indispensable para la temporalidad de la especie”.⁴⁷

En este sentido, el modelo espacial foucaultiano no espera el develamiento de la verdad, tampoco renuncia al concepto sumergiéndose en un mecanismo autónomo que lo trascendería (como podría ser el mecanicismo del universo newtoniano) o en una especie de vitalismo carnal en donde el hombre encontraría finalmente su lugar (como por ejemplo sería renunciar al concepto para reducir la posición del hombre a favor de una práctica-sadomasoquista,⁴⁸ -como si ambas cosas se excluyeran-). El hombre no es un ser de una única posición, de un lugar, de una verdad; el hombre “nunca se encuentra en su lugar; [es] un ser vivo condenado a “errar” y a “equivocarse”.”.⁴⁹ De allí que el concepto se nos aparezca como un elemento imprescindible para habitar la vida bajo la forma humana, un modo de estar en el mundo. El concepto es “uno de los modos por medio del cual un ser vivo extrae información de su medio e, inversamente, lo estructura. Que el hombre viva en un medio conceptualmente construido no prueba que se haya desviado de la vida por algún olvido o que un drama histórico lo haya separado de ella, sino solamente que vive de una manera determinada, que no tiene un punto de vista fijo sobre su medio, que se mueve sobre un territorio indefinido o ampliamente definido, que se desplaza para recoger información, que mueve unas cosas en relación con otras para volverlas útiles”.⁵⁰

en su lugar, un ser vivo condenado a “errar” y a “equivocarse”.” (Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 56).

⁴⁷ Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 56.

⁴⁸ Para comprender el lugar de las prácticas sado-masoquistas en el pensamiento foucaultiano, véase: Ludueña Romandini, Fabián. “Foucault con Sade”, Nombres. Revista de Filosofía, “Dossier: Psicoanálisis-Filosofía”, Córdoba (Argentina), año XXII, n° 27, noviembre 2013, pp. 221-250.

⁴⁹ Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 56.

⁵⁰ Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, pp. 54-55.

Y para ello, nada mejor que comprender la dinámica del entramado histórico en el cual estamos inmersos. Ellos son los que habilitan una re-forma de vida. La creación de conceptos como modo de acercarse ininterrumpidamente a la verdad es un modo de vida ineludible para hacer efectiva esa alteración del universo que hemos dado en llamar “política”. Si la historia debe ser analizada con sus correcciones mediante una precisa atención a la distancia que separa y une, mediante relaciones de fuerza, todo lo que fue y es tanto el hombre como el universo, entonces el concepto, al intentar y no poder reunir la totalidad de aquella trama, no sólo explicita el relato de nuestra historia, sino que también muestra su verdad: que su inevitable ocultamiento es parte constitutiva del error que la hace posible.

Es en este drama histórico que se juega la experiencia del hombre contemporáneo. Como quizás nunca antes en la historia, el hombre del siglo XXI se encuentra ineludiblemente confrontado con la constatación de que su lugar es tan errático como el del universo en el que habita, así como que no habrá nada ni nadie que de allí lo rescate. En este sentido, despojarnos de la espacialidad en la que se asienta la noción de verdad, para así habitar en otra, y asimilar sin dramatismo el error como la raíz del pensamiento, de la historia e incluso de nuestra propia existencia, bien podría constituir una alternativa para una nueva manera de comprender la verdad y nuestro vínculo conceptual con ella.

Es por ello que, afirmaba Foucault, “Formar conceptos es una manera de vivir y no de matar la vida; un modo de vivir en una relativa movilidad y no un intento de inmovilizar la vida; un modo de manifestar, entre los miles de millones de seres vivos que brindan información acerca de su medio y se informan a partir de él, una innovación ínfima o considerable, según cómo se la juzgue: un tipo muy particular de información”.⁵¹

Por eso no es ajustada a la verdad la concepción histórica y filosófica que se asienta en el tiempo cronológico y en el espacio soberano para conformar una imagen fija, estática y sólida de la verdad. Según hemos visto, el modelo espacial

⁵¹ Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 55.

foucaultiano puede aprehender la verdad con mayor especificidad con su dinamismo propio, a condición de aceptarla como el efecto de superficie producto de una tensión irresuelta de fuerzas en conflicto del cual se sirve el hombre, conformando conceptos, para vivir de una determinada manera. De allí que Foucault –sirviéndose de Nietzsche y Canguilhem- diga que “la verdad es el error más reciente en el enorme calendario de la vida o, con mayor exactitud, que la división verdadero/falso así como el valor que se le otorga a la verdad constituyen el modo de vivir más singular que la vida haya podido inventar, una vida que, en el fondo de su origen, lleva inscripta la eventualidad del error”.⁵²

En este sentido⁵³, podríamos decir que somos seres arrojados a la verdad, aunque sólo a condición de aceptar que estamos constituidos por el error.⁵⁴ Es éste quien nos lanza a ella. Él nos produjo, y él produce la verdad. Podríamos afirmar todo esto; podríamos decir esta verdad sólo porque no estamos en ella. El universo y así también nosotros mismos estamos constituidos por el error. Pero por un error productivo, un error que produjo esto que consideramos es el universo, esto que consideramos somos nosotros mismos. Un error que produce la anomalía, la posibilidad, la verdad y (¿por qué no arriesgar esta hipótesis?) también el amor.

En este sentido, las problematizaciones sobre la verdad y el amor, tan necesarias en estos días, deberían afrontarse con el carácter irremediamente violento y errático que constituye a ambos y que los hace desplegarse con esas propiedades. Son estas propiedades las que hacen que tanto la verdad como el amor, al romper con la matriz

⁵² Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 56.

⁵³ Para un mayor análisis sobre las posturas metafísica y política de Foucault, así como sobre sus implicancias en la recuperación que de ellas ha hecho Giorgio Agamben, véase: Raffin, Marcelo. “La tensión metafísica-política en las filosofías de Michel Foucault y Giorgio Agamben”. *Problemas y debates de la tradición y la actualidad de la filosofía política*. Editores Marcelo Raffin y Beatriz Podestá. San Juan: Universidad Nacional de San Juan – Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, 2012, pp. 265-276.

⁵⁴ Así lo deja entrever Foucault en el siguiente pasaje: “Y si se admite que el concepto es la respuesta que la vida le da al azar, debemos convenir que el error es la raíz del pensamiento humano y de su historia” (Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. *Op. cit.*, p. 56).

de relaciones de fuerza de la que surgen, y justamente por la pretensión que ambas acarrearán de no conformar o insertarse en otras matrices (es esta, al fin de cuentas, la pretensión emotiva de la verdad y del amor: acceder de una vez por todas al espacio de una emocionalidad segura y definitiva), y para alejarse definitivamente del error en el que constitutivamente se habita en las tensiones de dichas matrices, es que ambas no solo generan libertad, sino también dolor en el mismo momento en que se producen. Allí, insertos en el espacio foucaultiano, en la tarea de comprender la especificidad de las relaciones de fuerza que constituyen el entramado del universo, para así *dejar de ser* las matrices de relaciones de fuerza que somos, se habilita la posibilidad de constituirnos como sujetos. A esta desubjetivación nos invita Foucault con su espacialidad; y ello en nombre del concepto, del amor, de la verdad.

Posiblemente sea ésta una de las potencias del pensamiento. De allí, la necesidad de hacer lugar a las relaciones que lo atraviesan, así como de intentar comprenderlas y calibrarlas. La nueva política espera su espacialidad.

Bibliografía

- Castro, Edgardo. *Pensar a Foucault. Interrogantes filosóficos de “La arqueología del saber”*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2002.
- Foucault, Michel. *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2005.
- Foucault, Michel. “Distancia, aspecto, origen”. *De lenguaje y literatura*. Barcelona: Editorial Paidós Ibérica, 2004.
- Foucault, Michel. “Debate con los historiadores”. Comp. Oscar Terán. *Michel Foucault. El discurso del poder*. México: Folios Editora, 1983.
- Foucault, Michel. “Interview de Michel Foucault”. *Dits et écrits*. París: Gallimard, 1994, Tomo IV.
- Foucault, Michel. *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Valencia: Editorial Pretextos, 1997.

- Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Editorial Gedisa, 2003.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 1: La voluntad de saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2002.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 2: el uso de los placeres*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentinos, 2008.
- Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad 3: la inquietud de sí*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentinos, 2008.
- Foucault, Michel. *El coraje de la verdad. El gobierno de sí y de los otros II. Curso en el Collège de France (1983-1984)*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio y población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Buenos Aires: Editorial Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Foucault, Michel. “La vida: la experiencia y la ciencia”. Deleuze, Gilles. Foucault, Michel. Negri, Antonio. Žižek, Slavoj. Agamben, Giorgio. Comps. Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez. *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2007.
- Foucault, Michel. “El sujeto y el poder”. Dreyfus, H. L. y Rabinow, P.. *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Buenos Aires: Editorial Nueva Visión, 2001.
- Gabilondo Pujol, Ángel. *El discurso en acción. Foucault y una ontología del presente*. Barcelona: Editorial Anthropos, 1990.
- López, Cristina. “De los usos y abusos de la biopolítica foucaultiana”. *Problemas y debates de la tradición y la actualidad de la filosofía política*. Editores Marcelo Raffin y Beatriz Podestá. San Juan: Universidad Nacional de San Juan – Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, 2012, pp. 233-251.
- Ludueña Romandini, Fabián. “Foucault con Sade”, Nombres. Revista de Filosofía, “Dossier: Psicoanálisis-Filosofía”, Córdoba (Argentina), año XXII, n° 27, noviembre 2013, pp. 221-250.

- Mauer, Manuel y Naishtat, Francisco. “Historia y negatividad. Foucault y el problema del sentido”. *El presente en debate. Política, crisis y sentido*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2013.
- Podestá, Beatriz. “Derivas de la cuestión biopolítica”. *Problemas y debates de la tradición y la actualidad de la filosofía política*. Editores Marcelo Raffin y Beatriz Podestá. San Juan: Universidad Nacional de San Juan – Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, 2012, pp. 277-289.
- Potte-Bonneville, Mathieu. *Michel Foucault, la inquietud de la historia*. Buenos Aires: Editorial Manantial, 2007.
- Raffin, Marcelo. “La tensión metafísica-política en las filosofías de Michel Foucault y Giorgio Agamben”. *Problemas y debates de la tradición y la actualidad de la filosofía política*. Editores Marcelo Raffin y Beatriz Podestá. San Juan: Universidad Nacional de San Juan – Facultad de Filosofía, Humanidades y Artes, 2012, pp. 265-276.
- Veyne, Paul. “Foucault revoluciona la historia (Inédito)”. *Como se escribe la historia*. España: Editorial Fragua, 1972.